

SOBRE PSICOTERAPIA

(Rev GPU 2014; 10; 3: 279-284)

Hernán Villarino¹

Hay una tendencia consoladora en la psiquiatría moderna que gusta de olvidar las diferencias de los puntos de vista, pretendiendo que ésta es una disciplina que en beneficio de la humanidad progresa inexorablemente, contra viento y marea. En el pasado quedan las objeciones, todas ellas y cualquiera de ellas; en el presente todo se presenta armado y consistente. Pero a poco que uno escarbe se abren las disimuladas grietas, y, como en los dibujos de Escher, se ven escaleras que suben hacia ninguna parte, puertas que abren al vacío y pomposas edificaciones que carecen completamente de sentido.

Hay una columna reciente del Dr. César Ojeda² que nos obliga a pensar. Es decir, no se trata de mera información que pueda ser aprendida, luego conservada, luego repetida, luego aplicada, etc. Ante ella es perentorio tomar partido, es acuciante, nos impone movilizar nuestra propia reflexión y conocimiento y definirnos en algún sentido. Por eso, ante lo extraordinario del desafío, debemos servirnos ya hoy de estas valiosas reflexiones para matizar, enriquecer, y si la suerte nos viene de cara, incluso renovar la experiencia profesional.

Expondremos, en primer lugar, lo que hemos entendido. En segundo lugar, aunque su tema y conclusiones sean originales, a nuestro juicio son también acordes con cierta tradición de la psiquiatría, con la que la cotejaremos. En tercer lugar, pretendemos relacionar la columna con lo que hemos recogido de la tradición,

la reflexión filosófica y la bioética, poniendo de relieve las tareas que, a nuestro juicio, tiene planteada la psicoterapia en la actualidad.

LA PSICOTERAPIA: UN OFICIO SIN TESTIGOS

Así se titula la columna del Dr. Ojeda que comentamos. Ahora bien, las actividades humanas a veces son públicas, pueden ser escrutadas por cualquiera y cualquiera es un testigo. En segundo lugar pueden ser privadas o íntimas, donde los testigos siempre son molestos, inoportunos, y rompen la relación en lo que tiene de propio, es decir, en su privacidad. Y por último pueden ser secretas, donde los testigos incluso deben morir (por ejemplo, si casualmente nos enteramos del plan de un grupo de conspiradores políticos o criminales que al fin de cuenta son lo mismo).

Pero hay oficios no conspirativos que requieren del modo más profundo de la privacidad y la intimidad. Decía Kafka que la verdad más bien parece una cuerda tendida para tropezar, y en sus diarios³ asegura que para escribir habría que encerrarse en un sótano blindado a cientos de metros bajo tierra para que no llegara ningún eco del mundo; en definitiva: para que no haya testigos, porque sólo así es posible decir la verdad. Esa cuerda de la que habla Kafka la tienden sobre todo los autores comprometidos, los que escriben mirando de soslayo la reacción de los otros esperando su aplauso o su comprensión, pero así desatienden la verdad del

¹ Docente del Dpto. de Ética y Humanidades médicas. U. Chile.

² Ojeda, C. *La psicoterapia: un oficio sin testigos*. Rev GPU 2014; 10; 1: 30-31

³ Kafka F. *Diarios II (1914-1923)*. Bruguera, Barcelona, 1984

escritor. Desde el origen transforman en publicidad lo que debe ser fruto de la más celosa intimidad. Los escritores comprometidos, sus lectores y toda la alborotada patulea que les circunda no sólo hacen mala literatura sino que también convierten la verdad en propaganda. Si bien de un hombre público tenemos el derecho y la obligación de escudriñar sus intimidades, ¿cuánto duraría la psicoterapia sometida a idéntica exigencia? ¿Y qué pensar de los psicoterapeutas que pretenden ante el público, ya sea general o especializado, justificar su quehacer?

Es evidente, como dice Ojeda, que igual que Kafka encerrado herméticamente bajo tierra *el psicoterapeuta está clausurado en su oficio. Ni el "paciente" ni el psicoterapeuta pueden ser testigos del proceso en el que ambos están.* Es decir, si en la psicoterapia ha de haber verdad, *ninguno está afuera, ambos están dentro y el paisaje de la terapia es un espectáculo sin público.* Por fortuna Ojeda no vacila en sacar las consecuencias que su posición implica: *¿es posible hacer público el trabajo psicoterapéutico? Tal vez desde allí derive el que toda narración, análisis o extrañamiento del proceso psicoterapéutico padezca de una deformación bien intencionada, pero inevitable. Es posible que cada uno de nosotros, puestos a tener que hacerlo, arme, pase en limpio y narre su trabajo psicoterapéutico sin dar cuenta de él propiamente.* Pues bien, al parecer no es posible hacerlo público.

El lector eventual sin duda que a estas alturas nos reprochará haber empleado mal el símil. Al fin de cuentas, Kafka, y cualquier otro escritor, serán todo lo íntimo y privados que se quiera, y como no puede ser menos dirán lo que quieran decir, pero también es evidente que él y los otros publican sus libros, es decir, los ponen a disposición del público y plantan como testigos a cualquiera que se interese en ellos. Pero consideremos lo siguiente: el autor ha hecho un trabajo singular, su fruto es singular, ninguna novela es igual a ninguna otra ni siquiera en el mismo autor. En la literatura no hay nada técnico, por mucho que yo aprenda como escribía Kafka no puedo escribir como él, y si lo hago no dirán que aprendí una técnica de escritura sino que plagio descaradamente. El escritor, el pintor o el escultor que producen siguiendo una técnica no son autores sino artesanos. El artesano sí que maneja una técnica, por eso su producto es anterior a su realización, o dicho de otro modo, la realización coincide plenamente con la técnica que posee. En su obra, por ende, no hay libertad, verdad, inspiración ni creatividad, no hay sorpresa ni mundo, sólo se trata de la reiteración mecánica de un modelo. Es producción en serie que no se realiza según la habitual división del trabajo, sino por un mismo

individuo a todo lo largo del proceso⁴. Y claro, en estas condiciones sólo pueden producirse cosas muertas e irrelevantes ya desde el origen.

Esta tensión entre arte y artesanía, en relación con la psicoterapia, está claramente expuesta por Ojeda. *El testigo, dice, pretende "objetividad" pues lo observado pareciera tener algún grado de autonomía. Salta a la vista que eso es estar fuera. Pero los terapeutas estamos dentro, somos parte.* Del mismo modo, uno debe estar dentro de la obra de Kafka, debe ser uno con Kafka para entender a Kafka, si lo que nos interesa es entenderlo a él. No se trata de observar la técnica que usaba al escribir, aprender de sus trucos, de sus reiteraciones, de su geometría, que sin duda la tiene, sino de apropiarnos de su escritura. Pero para hacer eso no contemplamos su obra como un producto objetivo, no somos testigos objetivos, participamos de un mundo subjetivo y personalísimo, de una forma particular de ver el mundo y la vida humana. Y allí no hay publicidad sino intimidad, no somos meramente los testigos objetivos de una obra de arte, somos uno con ella. Por eso, la obra de Kafka, como la psicoterapia, no está *destinada a un auditor o a un lector independiente*, es decir, objetivo.

DOS TIPOS FUNDAMENTALES DE PSICOTERAPIA

¿Es posible distinguir una psicoterapia que se asemeje más a lo artesanal de otra que se asemeje más a la creación artística? Creemos que sí. A la artesanal le daremos el nombre general de conductista. El conductismo da recetas claras, técnicas transparentes de cómo operar en cada caso, de cuáles pasos dar, de cómo se sigue cada paso del precedente, etc., y supone que siempre obtendrá los mismos resultados porque está tratando con una máquina que no puede "rebelarse" contra su modo de funcionar. Por cierto, una máquina es impersonal, tampoco puede innovar ni crear porque está bajo el imperio de la necesidad. Su verdad es extrínseca a ella misma. Al fin de cuentas la racionalidad técnica indica que de las mismas causas no pueden sino derivarse los mismos efectos. La psicoterapia que hemos llamado conductista es un modo de concebir la psicoterapia, por ende un psicoanalista, o cualquier otro, puede ser filiado como conductista si emplea cualquiera sea su teoría con la misma filosofía que un conductista de pura cepa cumple la suya, es decir, si la concibe como una técnica.

⁴ Para la diferencia entre arte y artesanía es de provecho leer *La filosofía del Arte*, de R. G. Collingwood. FCE, Madrid, 1986.

De la posibilidad de otra psicoterapia más semejante al arte que a la artesanía es de la que queremos hablar más extensamente el resto del trabajo. No obstante, es preciso hacer algunas consideraciones previas. En primer lugar, para aceptar esta hipótesis se debe admitir, a diferencia del conductismo, que de las mismas causas no se derivan los mismos efectos, es decir, que no hay técnica. Si igual que en el arte aceptamos esto, debemos entonces conceder tres cosas más: los involucrados en una psicoterapia son en primer lugar sujetos; en segundo lugar, irracionales y en tercer lugar, libres. Pero, ¿qué significa que sean sujetos, irracionales y libres? Por lo pronto significa que no son máquinas ni se los puede entender como tales.

IRRACIONALIDAD

El sentido de la palabra irracional es muy amplio, y una revisión del concepto nos obligaría a dedicarle todo el artículo. Por eso, sólo queremos deslindarla de una de sus acepciones, la negativa, la que implica arbitrariedad, con el objeto de descartar que la irracionalidad sea sinónimo de arbitrariedad. En efecto, nadie puede ni quiere defender la arbitrariedad, y quien lo haga merece todas las censuras. No se trata de la irracionalidad entendida como lo infrarracional o lo anti racional, sino como lo suprarracional, es decir, como la plenitud de la razón.

No sólo es posible sino necesario admitir que el término irracional tiene otros sentidos con los que convivimos de modo natural y cotidiano sin que se nos prenda ninguna alarma ni hagamos por ello ninguna alharaca. Y al fin de cuentas, si lo irracional, en el sentido de lo suprarracional, estuviera en la vida, entonces la psicología y la psicoterapia tendrían que ponerle cara y no salir huyendo escandalizadas hacia los templados parajes de una pretendida ciencia o técnica aseguradoras, que en el fondo no son más que un feble e inútil consuelo y autoengaño frente a las terribles exigencias a que nos somete la irracionalidad de la vida. ¿Pero efectivamente la encontraremos allí? ¿Se halla la irracionalidad en la vida humana tal como la conocemos, además de un modo irremediable e insuperable?

EL TIEMPO Y EL ESPACIO

Todo aquello sobre lo que razonamos y entendemos, incluso en la psicología y en la psicoterapia, son realidades que están en el espacio y en el tiempo. Ocurre, no obstante, que el tiempo y el espacio no son conceptos sino intuiciones. Si alguien careciera de estas intuiciones sería imposible explicarle racionalmente qué

son el tiempo y el espacio. En tanto que intuiciones, es decir, en tanto que no son conceptos, el tiempo y el espacio son irracionales e incommunicables⁵, lo que no quiere decir que sean arbitrarios. Tan poco arbitrarios son, que constituyen el fundamento y el principio de toda racionalidad. En todo caso, que cualquiera haga la prueba de razonar sin tiempo ni espacio y si lo logra le quedaríamos muy agradecidos que nos comunicara sus resultados.

LOS SENTIMIENTOS

En los servicios de urgencias se suele preguntar lo siguiente a los consultantes: de 1 a 10, ¿cuánto le duele? Supongamos que el paciente dice 7. Pues bien, ¿eso qué significa? Puede parecer muy científico y muy racional pero en realidad no significa nada. Los sentimientos son intuiciones, y en calidad de tal son irracionales e incommunicables, aunque no por eso arbitrarios. Es cierto que yo puedo comunicar que algo me duele, pero me es imposible comunicar ni mi dolor, ni mis sensaciones ni mis sentimientos.

En todo caso, que alguien haga la experiencia de explicarle racionalmente el color verde a un ciego de nacimiento, es decir, llevarlo a la intuición del verde, no al concepto de verde, que como cualquier otro concepto un ciego puede entender y usar perfectamente, como en su día lo demostrara Wittgenstein. Y si en un alarde de racionalidad y científicidad alguien lograra llevar al ciego de nacimiento a la intuición del verde le quedaríamos muy agradecidos que nos comunicara sus milagrosos resultados.

EL SUJETO

Es preciso tomar nota de quiénes son los actores que intervienen en un proceso psicoterapéutico. Por lo pronto, son al menos dos persona. Con el auxilio de la lógica, y para simplificar, llamemos a las personas sujetos. Ahora bien, si son sujetos no son el concepto de un sujeto, sino sujetos reales, de carne y hueso por así decirlo. Los sujetos de carne y hueso ¿son racionales? Según Aristóteles, para quien el hombre es el animal racional, los sujetos en cambio no lo son, antes bien, son irracionales porque son particulares; es decir, no son conceptos. Lo racional es el concepto del sujeto,

⁵ Para una mayor profundización en este extremo se puede leer el capítulo sobre la Estética Trascendental de Immanuel Kant, en la *Crítica de la Razón Pura* (Taurus, Madrid, 2005.)

también es racional que el sujeto conciba y comunique sus conceptos; pero con todo, el sujeto es irracional.

Que sea irracional significa que no está íntegramente contenido en ningún concepto. En efecto, en el concepto del sujeto sólo cae lo necesario, pero en el sujeto de carne y hueso cae también lo contingente. Lo contingente es lo que pudo no haber sido o pudo haber sido de otro modo, de manera que todo lo que define a este sujeto particular, en tanto contingente, es decir, en tanto real, pudo no haber sido o pudo haber sido de otro modo, por lo mismo no es necesario. Es evidente que ni somos todos iguales y que no reaccionamos todos del mismo modo. Es igualmente evidente que con el paso del tiempo cambiamos. Si el concepto del sujeto, lo racional, es siempre el mismo (si no no sería concepto), el sujeto no es siempre el mismo. Por lo pronto admitamos al menos que envejece, lo que nunca le ocurre a los conceptos.

Reducir el sujeto a concepto tiene su interés y su valor, incluso en la medicina y la psiquiatría. Pero la práctica médica y la psicoterapéutica consisten justamente en volver a la realidad particular del sujeto y no en disolverlo en conceptos; es decir, en generalidades que valen para todos del mismo modo, porque si bien todos los sujetos particulares caen bajo los mismos conceptos, entre los sujetos particulares ninguno es igual a ningún otro. Entonces, ¿cómo se los podría agotar en base a conceptos?

Aristóteles decía que el particular, el individuo, el sujeto de carne y hueso, etc., es inefable, es decir, indecible, porque es infinito. Que sea infinito puede parecer una herejía anticuada en esta época que se precia de haber reconocido la finitud humana. Pero así como decimos que los números naturales son infinitos no porque los conozcamos todos, sino porque a cualquier número concebible podemos sumarle uno más, del mismo modo, de cualquier sujeto real concebible siempre es posible afirmar que tiene o puede adquirir un nuevo predicado. No obstante, el sujeto, como los números, no es arbitrario.

LA LIBERTAD

Como sería muy largo discutir si la libertad existe o no existe, por ahora vamos a suponer que existe, aunque otros legítimamente piensen de otro modo (por ejemplo los conductistas). Si la libertad existe entonces el hombre no es sólo efecto de causas, con él se inicia también una serie causal como fruto de sus decisiones y de su espontaneidad. Pero, admitir la libertad es admitir una causa incausada, libre, es decir, un orden nuevo en el mundo que es responsabilidad del actor que ha

tomado una decisión con la que no continúa meramente la serie necesaria de los estados anteriores sino que constituye un origen. Reconocer este salto en la causalidad, es decir, que el hombre sea el origen de algo y no sólo el efecto de causas, es irracional, de modo que quien admita la libertad ha de aceptar la irracionalidad. Pero también la libertad es lo más opuesto a la arbitrariedad, antes bien, se estima como arbitrario despojar de ella a los hombres (en las tiranías, por ejemplo).

Con estos ejemplos, que se podrían extender a muchos otros considerandos, creemos que queda suficientemente probado que nadie debiera escandalizarse de admitir lo irracional en la vida humana, y que por ende tanto la psicología como la psicoterapia debieran poner este asunto en su horizonte para poder entender su propio ejercicio entre seres humanos, admitiendo de paso que en su saber y quehacer hay algo incomunicable.

LA COMUNICACIÓN EXISTENCIAL DE JASPERS

De entre los psiquiatras del pasado el único que se percató de esta condición fue Jaspers, también fue el único que sacó las consecuencias y las inferencias que cabe extraer para el trato con seres humanos, y no se puede cambiar ni una coma a todo lo que dejó dicho aunque lamentablemente sea muy poco.

Lo grueso y el detalle de los argumentos de Jaspers hay que ir a buscarlos en su filosofía. Ahora bien, la filosofía de Jaspers es fundamentalmente un diálogo con tres autores: Kant, Kierkegaard y Nietzsche. Es difícil hallar una nómina más heterogénea que la de los tres citados; no obstante, Jaspers comprobó que hay un punto esencial en el respectivo filosofar de cada uno en el que coincidían, a saber, en que el hombre es libre, es decir, que es el origen o el autor de algo, por lo tanto que no es la mera sucesión de causas antecedentes sino el origen causal de algo. Tanto el camino por donde aquellos filósofos encuentran los motivos de sus afirmaciones como las pruebas con que lo demuestran no son las mismas en ninguno de los tres, más bien están mutuamente enfrentados, pero con todo coinciden en aquella conclusión, y, por sobre todo, sus diferencias pueden ser llevados a esa magna unidad y reconciliación plasmada en la filosofía de Jaspers.

Pero hay un texto de Jaspers sobre psicoterapia que es al que aquí queremos referirnos⁶; por cierto, es muy lamentable que la sistemática allí planteada

⁶ Jaspers K. *La práctica médica en la era tecnológica*. Gedisa, Barcelona, 1988.

haya sido olvidada. Toda psicoterapia, dice Jaspers, entendiéndolo por ella la sistemática que él plantea y que no vamos a exponer, es una técnica obtenida a través del ejercicio racional y la práctica efectiva, por ende es perfectamente comunicable, cognoscible por otros y replicable. Pero en tanto que técnica racional tiene sus indicaciones y sus límites; cualquiera estará de acuerdo en que no se trata de una panacea⁷. Qué psicoterapia usar, por ejemplo, dependerá de los casos y las indicaciones; cómo emplearla en cada caso será fruto del consenso alcanzado como consecuencia de la observación y la discusión entre los que la ejecutan; hasta cuándo usarla, cuándo se debe cesar, etc., son todos límites conocidos o cognoscibles, alcanzados a través del ejercicio de la razón y la comprobación práctica.

Sin embargo, modernamente, decía Jaspers que a raíz de una serie de situaciones sociológicas, que no es del caso discutir, había surgido una variedad de psicoterapia que no era meramente pedagógica, la que se conoce como terapia profunda y que se emplea no sólo como terapia sino como forma de autognosis y como camino para alcanzar la propia plenitud personal. Freud, por ejemplo, decía que el psicoanálisis devuelve la razón, la libertad, la capacidad de trabajar y el contento de vivir. ¿Tiene esta variedad de terapia algún límite? ¿Son sus límites puramente racionales? ¿Es la técnica y el saber la Señora y la comadrona a todo lo largo del proceso?

Evidentemente, si de lo que se trata es de la libertad, debemos tomar una posición, una posición filosófica, metafísica, en ningún caso psicológica, porque la libertad, en tanto que irracional, está más allá de la psicología y del saber. Porque una de dos: o la libertad es un efecto

de causas, y en tal caso yo podría llevar a una hombre a la libertad incluso contra su voluntad conociendo técnicamente las causas que a ella conducen, lo cual constituye un absurdo que ni siquiera vale la pena discutir, o la libertad es real, es decir, es un origen, una primera causa que yo decido y de la que me hago responsable, donde no puedo ser subrogado por nadie y donde las consecuencias deben ser asumidas por mí mismo. ¿Toda psicoterapia se cruza en algún punto con los meandros de la libertad? Si fuera así, ninguna puede ser una técnica.

Aunque nadie pueda ser feliz si no es libre, sería demasiado pueril suponer que decidir un acto libre es sinónimo de ser feliz, porque la libertad nos puede conducir a la desdicha. Pero como nadie, y menos que nadie un psicoterapeuta, debe hacerse responsable de la desdicha de otro, nadie tampoco puede subrogar la libertad de otro, de donde se pueden derivar sufrimientos, de modo que allí donde ella está planteada cesa todo saber y toda técnica. El hombre queda solo frente a sí mismo, corriendo todos los riesgos y sin garantías que nadie le puede dar.

Cuando brota la posibilidad y necesidad de la libertad la comunicación psicoterapéutica se torna comunicación existencial, y como sobre ella no hay saber, el terapeuta ya no es más terapeuta, él tampoco sabe lo que es la libertad del otro y los deberes y las consecuencias que brotan de ella, por ende debe reconocerlo ante el paciente, para, eventualmente, entrar con él/ella en la comunicación existencial, donde no hay saber técnico ni autoridad, y donde todo deber ser brota de la pura libertad.

LA PERSPECTIVA BIOÉTICA

Se dirá que todo esto no es más que agua de borrajas, que los derroteros por donde avanza la medicina y la psicoterapia son otros, que basta con revisar la literatura internacional sobre este tema para comprobar que estos asuntos, aparte de César Ojeda y quizá algún otro, no ocupan ningún volumen en las preocupaciones de los psicoterapeutas actuales. Pues bien, si este es el caso, haríamos bien en afinar un poco las antenas, porque la revuelta de la autonomía (libertad) frente al paternalismo constituye un capítulo central de la bioética y de la filosofía actual de la medicina. Es cierto que aún no llega con todas sus consecuencias al ámbito de la psiquiatría y la psicoterapia, pero no caben dudas que lo hará. Por fortuna, cuando eso ocurra, la psiquiatría encontrará en Jaspers toda la reflexión bioética antes de la bioética.

En dos palabras, el conflicto planteado entre el paternalismo y la autonomía se resuelve con el silencio del médico y la humilde aceptación de la libertad

⁷ A este respecto es instructivo leer el Editorial de la GPU de junio 2014. Allí, el Dr. Alberto Botto se pregunta si en realidad estamos tristes y deprimidos o solo cansados. Esta perplejidad surge, entre otras cosas, a consecuencia de la inflación diagnóstica de los DSM, donde se psiquiatriza toda posible situación humana. Se dice que una cadena no puede ser más fuerte que el más débil de sus eslabones, ahora bien, si en la cadena diagnóstica esta el eslabón DSM, que lleva a esas paradojas, ¿qué cabe esperar del resto? Supóngase que se empieza una psicoterapia con el diagnóstico de depresión, aunque sólo se trate de un sujeto cansado, a consecuencia del puro saber técnico, ¿no se tomará el cansancio, quizá, como mera resistencia? La psiquiatría no puede copiar a la física mecánica, debe estudiar un sujeto, y la verdad debe brotar de la relación con él, no puede estar prefabricada previamente, sobre todo cuando sabemos que la cadena no puede ser más fuerte que el más débil de sus eslabones.

del paciente, cualesquiera sean sus consecuencias. Allí donde en el acto médico se encuentra un límite para la técnica y el saber, y se lo encuentra a cada rato, y en cada acto ya sea diagnóstico o terapéutico, es porque se ha topado con la autonomía (libertad) del paciente, y en esta pugna quien ha de prevalecer siempre es la libertad.

Ahora bien, si la libertad fuera el efecto de causas y no un origen, como dijimos más atrás, el médico, o cualquier otro, premunido de un saber o de una técnica sería capaz de darnos la libertad. El médico, entonces, actuaría en el nivel microsocioal igual a como en el macrosocioal actuaron un Lenin, un Trotski, un Enver Hoxa, un Kim Il Sung, etc., que como se sabe, creían que la libertad era efecto de causas, no un origen, y cuyos resultados están a la vista.

DERRIDA: EL ACONTECIMIENTO ES LO IMPOSIBLE

En nuestra relación con nosotros mismos y con los otros, incluso en la psicoterapia, ¿debemos esperar lo posible o lo imposible? Para Derrida⁸, si lo que esperamos es un acontecimiento, es decir, algo real, o algo de realidad, entonces debemos esperar lo imposible, asunto que por cierto no tiene nada que ver con la utopía ni sucedáneos de ese fraudulento estilo. Esperar lo posible, que por lo demás es lo que generalmente ocurre, es esperar lo conocido y sabido, lo que opera según reglas, lo general, lo técnico, industrial e impersonal. Pero allí no hay nadie, allí sólo hay regulaciones, coacciones, ejercicio del poder desnudo o acompañado del saber. Allí, en fin, mora el opresivo Uno de Heidegger.

Pero el sujeto que somos es inefable, indecible, ya lo decía Aristóteles, y su verdad no consiste en la adscripción a reglas extrínseca del ser sino en el ser mismo, y por ende en la posibilidad/imposibilidad de nuevos predicados propios y personales. Ahora bien, lo imposible no sólo es incognoscible sino que no tenemos ningún camino ni técnicas conocidas para llegar a él, porque entonces sería posible, no imposible. No obstante, vivir de cara a lo imposible, de cara al acontecimiento, el ser y la libertad, es, a juicio de Derrida, el único modo propio de vivir, y el único futuro que tiene la humanidad.

En Derrida, a nuestro entender, se plantea a la vida la misma disyuntiva que Collingwood veía en la diferencia que media entre el arte (que contiene novedad, verdad, libertad y realidad), y la artesanía, que es la simple multiplicación de un modelo sin que sepamos

por qué el modelo es ese y no otro, es decir, donde se vive de un modo ajeno, extrínseco e infrarracional.

COMENTARIOS FINALES

La posición de César Ojeda, creemos que no está tanto en juego el saber técnico como la verdad de la psicoterapia. Una reflexión de esta naturaleza sólo fue emprendida, previamente, por Jaspers, pero, como dijimos, cayó en el más completo de los olvidos. Pero aquellos tiempos en que vivió Jaspers, de embriaguez teórica y técnica y de injustificadas esperanzas en el saber, ya no son los nuestros. La tecnociencia, en la medicina, y no sólo en ella, está en entredicho, y las ingenuas esperanzas del pasado se han desplomado completamente. Hoy somos más conscientes de qué es la razón, cuál es su origen y cuáles sus límites. Y como sabemos, el origen de la razón es la libertad, que propiamente no es racional. Si la libertad es el fundamento de la razón, la razón no es una técnica ni un saber sino el origen de ambas. Pero la tragedia de la técnica y el saber es que se pueden tornar incontrolables si se desprenden y olvidan de la razón, que, insistimos, no es una técnica ni un saber sino que asienta en la libertad. Parafraseando a Kant podríamos decir que la libertad es la *ratio essendi* de la razón, y la razón la *ratio cognoscendi* de la libertad.

Si este otro punto de vista es acertado, y nosotros creemos que lo es, antes de hablar de psicoterapia hay que debatir de algunas cuestiones filosóficas previas. El psicoterapeuta tiene que saber que vive en un mundo tecnificado donde incluso de la vida del espíritu se pretende una técnica. Y en esta situación se le plantea la posibilidad de hincar un nuevo clavo en la máquina que aprisiona al ser humano actual, o redescubrir, a pesar de todo, la posibilidad de la vida y de la libertad; es decir, el que la existencia sea y pueda ser más arte que artesanía.

Dos cosas para terminar. ¿Es correcta nuestra interpretación del trabajo de Ojeda y el cotejo histórico que a su luz hicimos? Pues bien, a eso no podemos responder nosotros, sólo debemos arriesgarnos a encontrar en él el sentido que hemos hallado. La responsabilidad de la columna del Dr. Ojeda le pertenece a él, a nosotros las de este trabajo, que para más señas sin aquella nunca se habría escrito.

En segundo lugar, es indudable que quedan muchas interrogantes y cuestiones sin resolver, pero de momento sólo de esto queríamos hablar.

⁸ Derrida, J. *Universidad sin condición*. Trotta, Madrid, 2002.